

cas del país, encareciéndoles la importancia de este torneo.

Invitada la Academia para tomar parte en el Concurso Científico Nacional que tan digno fin puso al siglo décimonono, tuvo la honra de presidir cuatro de las sesiones de tan interesante Congreso, siendo representada en él por los Señores Doctores Sosa y Macouzet y habiendo recaído, á mayor abundamiento, la distinción de ser Presidente del Comité Ejecutivo del referido Concurso, en otro socio, el Sr. Dr. D. Eduardo Licéaga.

Entre los delegados nombrados por nuestro Gobierno para concurrir á los Congresos Internacionales celebrados en París en Julio de 1900 y al 3.º Pan Americano que tuvo lugar en la Habana en Diciembre del propio año, iban algunos miembros de esta Corporación, á la que también representaron en aquellas reuniones. Al regresar, dieron cuenta de su cometido, á nombre de las Comisiones respectivas, los Señores Doctores Lugo Hidalgo y Mendiábal.

Rindiendo un homenaje á su memoria, tengo que lamentar la muerte del distinguido socio honorario Señor Profesor Don Alfonso Herrera, acaecida en Cuautla, Morelos, el 27 de Enero último. En señal de duelo por esta pérdida se suspendió la sesión del 30 del mismo mes.

En cambio, á propuesta de un grupo respetable y en atención á sus meritorios servicios prestados á la ciencia, se promovió, con fecha 31 de Julio, de la categoría de socio titular á la de honorario, al Sr. Dr. D. Agustín Reyes.

Como un último rasgo de la creciente vitalidad de la Academia, conviene recordar el interés con que el público y la prensa han seguido sus pasos, apareciendo en los periódicos oportunas y extensas crónicas de sus reuniones. En igual sentido debe interpretarse el afán de los socios por concurrir á ellas, demostrado al comparar el cómputo de la asistencia media anual en los dos ejercicios anteriores, el que arroja para el de 1899 á 1900 la cifra de 17 y para el de 1900 á 1901 la de 18.

Tiene que ser muy grato, para los que de veras amamos á esta Corporación, verla satisfecha del pasado y segura del porvenir, asentar su planta en el primer escaño del siglo.

México, Octubre 1.º de 1901.

El 1er. Secretario,

JESÚS GONZÁLEZ URUEÑA.

## DISCURSO

leído por el Sr. Dr. Porfirio Parra en la sesión solemne de la Academia Nacional de Medicina

La modesta ceremonia que se celebra en estos momentos tiene una significación altísima. En primer lugar, se verifica bajo los auspicios de la ciencia, esa magna obra de la inteligencia del hombre, que nos garantiza el dominio cada vez más completo sobre la Naturaleza y la continuidad del progreso. De cuantas conquistas nos legó la magnífica antigüedad, cuando, minada por internas causas de destrucción y derrumbada por el colosal empuje de rudas, viriles é innumerables hordas, vió extinguirse sus destinos, y se abrió el gigantesco libro de la historia para trazar los anales de una nueva Edad, ninguna fué de más valía que la ciencia; ni las imponentes civilizaciones del Asia, ni la espiritual cultura helénica, ni el poder militar de Roma, hubiesen bastado para garantir la continuidad de la civilización, si en la hermosa Hécada, bañada por las ondas cerúleas del más bello de los mares, no hubiese brotado al lado del arte que magnifica, la ciencia que consolida, robustece y ensancha.

Los nombres divinos de Hesiodo, Homero, Virgilio, Fidias y Praxiteles, asociados á los augustos de Hiparco, Enclides, Arquímedes, Hipócrates y Galeno, denotan á los profetas sublimes de una época, en que el hombre, bastándose á si mismo, dominase á la Naturaleza por la ciencia, y hermosease la vida proyectando en ella los célicos resplandores del arte.

Hace más de un siglo que la magnífica era, anunciada por las sobrehumanas é inmortales voces de los sabios y poetas de la antigüedad, ha comenzado á tener su advenimiento. Desde hace más de un siglo, que según la frase casi blasfema de un gran filósofo, narran los cielos la gloria de Newton, de Kepler y de Galileo. Desde hace más de un siglo que la tierra ha descubierto sus más misteriosos antros, sus más vertiginosas profundidades, su osamenta recóndita, su cuna misteriosa y las innumerables

magnificencias de su rica veste, y la innumera grey de los seres que la pueblan, á las miradas escudriñadoras de los Cuvier, de los Lyell, de los Linneo, de los Lamarek y de los Darwin.

¿Qué más? el mismo espíritu del hombre ha dejado de ser el ánimus invisible ó impalpable de destinos misteriosos, y se ha trocado en grandioso objeto de especulación científica, cuyos lineamientos aéreos y sutiles han trazado con mano firme los Hartley, los Mill, los Herbert Spencer y los Bain, desenvolviendo, para gloria é incremento de la ciencia, la tela inconsútil del mundo intelectual y moral.

Y no sólo es interesante la presente ceremonia por consagrarse á la ciencia, lo es también si se atiende á la especial aplicación que de la ciencia nuestra corporación hace. El arte médico, al que los Hipócrates y los Galenos dieron fundamentos, al que asentaron sobre las angulares piedras del conocimiento del cuerpo humano, los grandes, los gigantes anatómicos del Renacimiento, al que iluminaron con vivos destellos, escudriñando el *pabulum vite* los Harvey, los Lavoisier y los Bichat, al que dieron carácter de ciencia experimental y de observación, los Laennec, los Trousseau, los Graves, los Hahnholz y los Pasteur, ese arte tiene por objeto, según lo subeís, cuidar el fragil organismo del hombre, conservando el sin igual tesoro de la salud, y escudándonos de los tiros insidiosos de la enfermedad. Remediar las dolencias, conservar la salud, prolongar la vida, curar el dolor físico, curar también el dolor moral, pues ya lo dijo el sabio: *Mens sana in corpore sano*, proporcionar al legislador, al educador, al hombre de Estado, al sociólogo, los datos precisos que envuelve el conocimiento de la organización humana, y de sus funciones: he aquí los títulos incontestables, que las ciencias médicas tienen al reconocimiento y á la gratitud de la sociedad.

Y aún es significativa la solemnidad que en estos momentos se celebra, por la forma que nuestra corporación ha adoptado para el cultivo de su ciencia favorita: la forma de asociación. Hay un punto capital que distingue la labor científica contemporánea, de la que fué propia de eras anteriores: el ais-

lamiento que caracterizaba á los trabajos de los últimos, y la comunicación frecuente, casi cotidiana, y el espíritu de asociación franca, propia de los obreros científicos modernos. En la soledad y sin más comercio que el de su mismo pensamiento, elabora Aristóteles los profundos conceptos de su *Organon*, que fueron durante diez y ocho siglos la savia de la filosofía y de la ciencia y delineó Platón las ideas nítidas y las radiantes imágenes que informan sus trascendentales *Diálogos*.

Durante la Edad Media, trabajaron también en la soledad el bienaventurado espíritu de Santo Tomás de Aquino, y el eximio maestro Alberto el Grande, y Roger Bacon el monje solitario, que por primera vez presintió el método experimental.

Mas en el siglo XVII, la generalización y perfeccionamiento de la imprenta, los progresos del comercio y el ensanche de las comunicaciones, sugirieron felizmente otro género de trabajo: el de las sociedades científicas.

En la incomparable Florencia, cuyos cimientos de piedra lame el Arno, en esa ciudad privilegiada por la Naturaleza y decorada por el arte, brillante corte de los Médicis y cuna de genios exelsos: se fundaron por primera vez las dos sociedades, llamadas la Academia de los Linceos, que contó entre sus miembros á Galileo, y la Academia del Cimento, que realizó clásicas é inmortales experiencias sobre la porosidad de los metales, y la combustibilidad del diamante.

El ejemplo de la docta corte de los Médicis, fué seguido á poco por París y Londres, y luego por las demás cortes de Europa: las asociaciones científicas brillaron como focos que concentran los rayos dispersos, y en su seno se leyeron trabajos importantísimos que ensancharon los dominios del saber. A la Academia de ciencias de París, comunicó Lavoisier el inmortal, sus capitales descubrimientos, que sirven de cimiento á la química, esa maravillosa ciencia contemporánea que ha descornado los velos más tupidos, y realizado las mayores maravillas.

México, nuestra querida patria, rotas las cadenas de la dependencia, se apresuró, siguiendo las huellas de la culla Europa á instituir asociaciones cien-

tilicias, en que como modestos colmenares, en que se elabora la miel hablea de la ciencia, vienen sus laboriosos miembros á depositar en los altares de la verdad y del bien, el fruto de sus tareas.

Más por nunca bien lamentada fatalidad, las incógnitas revueltas que agitaron hasta hace un cuarto de siglo nuestra vida pública, se opusieron al medro y prosperidad de las sociedades científicas, centros esencialmente pacíficos, semejantes al nido de la golondrina que se apoya en el alero del hogar tranquilo, y no al del ave de Jove, fabricado en la erchies-ta roca batida por la tempestad.

¿Cómo podía prosperar entre nosotros una Academia de Medicina, cuando la misma Escuela de Medicina vagaba prófuga y errante, sin domicilio fijo y sostenida sólo por el ardiente patriotismo y la ejemplar abnegación de sus fundadores?

¡Ah! la primera Academia de Medicina, la primera Sociedad Filoiátrica, se resintieron de aquel funesto estado de cosas, y se vieron obligadas á disolverse, después de haber vegetado más bien que vivido.

Hoy han cambiado las circunstancias, la paz sonríe en el cielo de nuestra patria, y cobijadas por sus bienhechores alas prosperan, así los estrepitosos centros industriales, como el tranquilo recinto de las sociedades científicas.

La presencia en estos momentos entre nosotros, del digno Secretario de Justicia y del eminente ciudadano, que ciñe sus sienes con la triple corona de pensador, historiógrafo y poeta exausto, son una garantía de que el gobierno estimula y patrocina nuestros trabajos, que, por el carácter esencialmente experimental de la ciencia moderna, son altamente dispendiosos, y no pueden llevarse á cabo por los esfuerzos aislados, ni aún por simple suma de los esfuerzos individuales.

La Academia Nacional de Medicina, al clausurar un año académico y al inaugurar otro, se siente llena de fe y henchida de esperanzas; contempla delante de sí un vasto campo que cultivar, aquél en que crece la planta maravillosa que amortigua el dolor humano; sus horizontes son ilimitados: así lo indican las enormes conquistas del siglo que acaba

de transcurrir después de haber conquistado la anestesia, la auscultación y la percusión, la histología y la bacteriología; después de haber realizado tan notables adelantos en medicina operatoria, ¿no parece razonable prometerse para el siglo que con este año se inaugura, los descubrimientos más prodigiosos y los adelantos más estupendos?

Seguid pues, señores Académicos, la tarea que os habeis trazado, y seguidla con corazón esforzado y ánimo valiente; y vosotros, Señores Secretario y Sub-secretario de Instrucción Pública, continuad impartiendo la protección del Estado á esta corporación, que si bien es modesta por las personas que la forman, es de la mayor alteza por el objeto que se propone realizar. Ella cultiva la ciencia que es la verdad, mitiga los dolores, lo cual es la forma más visible de la caridad y realiza sus labores por la asociación, lo cual supone las grandes virtudes llamadas tolerancia y amor.

PORFIRIO PARRA.

## DISCURSO

del Señor Presidente de la Academia en la sesión solemne inaugural del año académico de 1901 á 1902

Señores Secretario y Subsecretario de Instrucción Pública:

SEÑORES:

Cábeme la satisfacción de declarar que habiendo concurrido el Sr. Dr. Mammel Gutiérrez á las dos terceras partes de las sesiones que celebró esta Academia en el año que acaba de terminar, le corresponde la Presidencia en el que hoy principia.

Al hacerle entrega de ella, me es grato manifestar mi profundo agradecimiento á los que me favorecieron con su voto para ocupar los distinguidos puestos en que he estado en estos dos últimos años. He tenido la honra de dirigir las labores de esta Asamblea en un período en que no han sido escasas, según acaba de hacérselo ver nuestro cumplido Secretario, y esto me complace tanto ó más que lo que á todos debe sin duda complacer, pues causa